



*Junto a Pedro Salinas en Middlebury (Vermont, Estados Unidos).
Verano de 1950*

(Foto José Manuel Blecua)

Cambridge, Mass. 02138
15 Gray Gardens West
22 - December - 1972

Mi querido amigo, le mando
estas líneas de tu de mi a un antigua
dirección. Espero que le lleguen.

¿Qué's de convida? Yo, ja mi
parte, en resumen escandalosamente
voy a cumplir 80 años. Si en un
Espero publicar pronto un libro de
recos. Reutilizo un ejemplo a
unidad de ida. Felicitaciones para usted y
los suyos. Un abrazo de su Jorge Jullén

En el verano, Blecua fue a enseñar a Middlebury College, en el Estado de Vermont. Allí estaban don Pedro Salinas y Guillén, entre otros españoles ilustres. Ya en su primera carta, me enviaba José Manuel saludos cordiales de los dos. Apasionado entonces por la fotografía, que conserva ya sólo la caza de crepúsculos y contraluces, no hubo persona importante, chica hermosa o rincón del campus que escapara a su avidez fotográfica. Volvió a Zaragoza con centenares de ellas. Una de las que me regaló muestra a Salinas y Guillén, y según me dijo fue propuesta por don Jorge:

— Ahora, háganos una para Manolo Gil.

Pudo ocurrir así o pudo tratarse de una amable invención blecuana, en la seguridad de que iba a gustarme. A don Pedro lo conocía yo personalmente, había escrito sobre él, había estado algunas horas en su casa madrileña, me había dedicado sus libros. Pero ninguna relación había tenido con don Jorge, salvo esa indirecta de editor del libro sobre su poesía. Por tanto, la fotografía era una mayor proximidad: la persona empezaba a sumarse a la obra.

A comienzos de 1951 le envié dos libros; fue ese el motivo de su primera carta. Fechada en Nueva York el 19 de agosto, me hablaba muy amablemente de mis poemas y concluía así. «Le veré en Zaragoza este otoño. Charlaremos y nos conoceremos más y mejor. Muy cordialmente le saluda su amigo...»

Efectivamente, don Jorge hizo ese año una breve estancia en Zaragoza, hospedándose en casa de Blecua. Pasamos muchas horas juntos los tres. Al principio me impresionó su grave continente, que se descomponía en súbitos goces de exclamativa sorpresa, casi infantil, ante alguna de las pequeñas maravillas inesperadas que reafirmaban su creencia en la maravilla total de la vida; volvía luego a su sobrio estar, a su compostura.

Para nosotros era muy grato llevarlo a ver todo cuanto creíamos que iba a gustarle en la ciudad. Nuestra única limitación era arreglar las cosas de manera que a mitad de tarde pudiera él dormir un poco, sin dormirse, sin que tuviéramos siquiera que callarnos. Un butacón del Casino Principal, una silla de un café bastaban. En media hora estaba ya listo para más callejeos.

Recuerdo un anochecer, paseando por las viejas calles que hay entre la de San Vicente de Paúl y la Seo, posiblemente la parte más bella de Zaragoza. Pese al frío, andábamos despacio y nos parábamos

a cada pocos pasos, bien para mirar algo, bien para dar paso a la conversación. José Manuel le dijo que entre los muchos poemas que yo sabía de memoria había varios suyos, y con tal insistencia pidió que dijese alguno que no pude negarme. Había ido muy bien todo y me parecía que el poeta estaba contagiándose de la emoción del recitador. Con la décima «Estatua ecuestre» iba a concluir, y en ese remate fue donde mi memoria nos jugó una mala pasada al maestro y a mí: el verso final que yo dije fue «clara en la noche de estío», y Guillén casi dio un salto y me cogió del brazo, pidiéndome que repitiera la décima. Volví a equivocarme en ese último verso, exactamente con las mismas palabras. Tuvimos que ir a un pasaje menos oscuro y don Jorge copió con gran cuidado el verso. Nos dijo que estaba seguro de que «estío» era la palabra final en una de las otras versiones de la décima, anteriores a la publicada en *Cántico*, pero «noche» no aparecía en ninguna de ellas.

—Gil, usted es poeta y su memoria ha hecho una corrección que usted haría.

Estábamos sentados ya en un café; en el papel donde había copiado, en pie, apoyándose en una revista, el verso tal como yo lo había dicho, había escrito la versión legítima: «Clara en el cielo del frío.» No conseguía recordar las otras variantes y no parecía estar sintiéndose bien.

—Vamos a copiarla, don Jorge; no ese verso solo, sino la décima entera.

Escribí yo mismo, bien atento a que no se me fuera otra vez la memoria, porque habíamos cambiado de papel, rebuscándonos uno mejor entre los bolsillos de los tres. Copiada la décima, puse frente al último verso la errada variante.

—Mire usted, vea cuánto mejor es su verso. Noche produce una asonancia interior con bronce.

—Sí, pero fíjense ustedes que en esos tres últimos versos hay otras asonancias: cuanta — calma y tengo — cielo.

La verdad era que su décima estaba completamente lograda y mi fallo de memoria no había sido otra cosa que un fallo. Blecua trabajó bien para demostrarlo, pero ya me sería difícil rehacer toda la conversación. El incidente nos había sacado de la intemperie donde el cierzo hacía de las suyas, metiéndonos al abrigo de aquel pequeño café, donde estuvimos hasta la hora de la cena, sin volver a hablar de poesía. Había habido una demostración de la apasionada y auténtica preocupación que Guillén ponía en lo que tantas veces se había visto sólo como fría labor de exquisitez perfeccionista.

De aquel mi primer encuentro con Jorge Guillén tengo tres pruebas documentales: una fotografía publicada en un diario zaragozano en que aparecemos Blecua y yo sentados junto al maestro, «insigne poeta y profesor de la Universidad norteamericana de Wecesley», y dos dedicatorias en mis dos ejemplares de *Cántico* (en el de la edición de Cruz y Raya dice: «Para / el poeta ya amigo / Ildefonso Manuel / Gil. / Muy cordialmente, / Jorge Guillén / Zaragoza, 27-XI-1951»; en el de Litoral, México 1945, «A / Ildefonso Manuel Gil. / Encantado de encontrarme / con él — en su Zaragoza / y en casa / de nuestro Blecua. / Con la amistad de / Jorge Guillén / 27 de noviembre de 1951»).

Al acabar de firmarme éste, le vi buscar una página y hacerme en ella una corrección, añadir una coma, simplemente. Pocos años más tarde me di cuenta de que el poeta había dejado distinta puntuación en cada uno de los ejemplares dedicados. La estrofa es la novena de «Más allá» I, que en la edición de 1936, página 17, aparece así:

*Y sobre los Instantes
Que pasan de continuo,
Voy salvando el presente:
Eternidad en vilo.*

mientras en la de 1945, también página 17, el único signo de puntuación es el punto final; don Jorge había añadido coma detrás de presente, y es así como aparece en *Aire nuestro*, pero no había corregido la otra, y nunca me he acordado de preguntarle por qué.

La segunda vez que estuvimos juntos fue doce años más tarde y en muy distintas circunstancias: en Princeton, en casa de Claudio Guillén, entonces uno de los más jóvenes profesores de esa Universidad. Don Jorge estaba pasando unos días en casa de sus hijos, acompañado de su esposa, Irene, muy fina y discretísima dama con quien se había casado pocos meses antes, en Bogotá. Llevaba yo poco más de un año viviendo en los Estados Unidos, como profesor de Rutgers University. Desde New Brunswick fuimos a Princeton en el coche de Marina Romero, poetisa y profesora de Literatura Española en la división femenina de Rutgers; venía también mi compañero Alfredo Rodríguez, actualmente profesor de la Universidad de New México en Alburquerque.

Era la tarde del día en que el presidente Kennedy había sido asesinado en Dallas. El reencuentro fue muy cordial, pero estábamos todos muy horrorizados y no menos asombrados de que no estuviesen pasando otras muchas gravísimas cosas. Pocos días después vol-

vimos Marina Romero, Pilar y yo. Estuvimos felices, hablando incansablemente de casi todo y de casi todos; parte de la conversación la grabó Marina, pero nunca logré tomar una copia, siendo más culpa de mi distracción que de la de ella.

Recuerdo que estuvimos hablando largamente de España, más de su política que de su literatura. Don Jorge trataba de debilitar mi pesimismo, y pienso que lo hacía más por bondad que por convicción, lo que racionalmente no resultaba muy positivo, pero sentimentalmente era consolador. Pilar, que estaba recibiendo de la nueva señora Guillén la misma grata impresión que yo había recibido, nombró a Irene Blecua y de ahí fuimos a parar, conducidos por el maestro, a recordar a José Manuel y a Ricardo. El calor de la amistad evocada y presente derretía anteriores tristezas. Don Jorge sonreía feliz; es como si en este momento estuviera oyendo su voz aguda, pero firme, alegre. Se resumen los recuerdos de aquella tarde en una plenitud vital, como si la realidad estuviese copiando de algunos poemas de *Cántico*. Es lo que pensé entonces y por eso las siguientes vacaciones navideñas releí ese gran libro. Mi admiración había alcanzado ya el nivel que a tan alta poesía se debe. Obviamente, entre nuestro lejano encuentro de Zaragoza y esos de Princeton estaba nada menos que la publicación de *Clamor*, libro que había sido una de mis primeras lecturas americanas, ávido de conocer lo que los exiliados españoles habían escrito y yo no había tenido ocasión de leer. Las dos primeras «entregas» de *Clamor* habían probado, sin la menor reserva, una decidida voluntad de trascender los límites de la poesía. La escritura de Guillén seguía siendo movida por la misma exigencia depuradora, pero sus temas estaban en la raíz del compromiso: no con un partido político, no con este o el otro programa de revolución social, sino con la libertad y la justicia, irrenunciables e inseparables en la aspirada dignidad humana..., vista desde lo entrañable de un ser español y expresada en palabras españolas. Y, como debe ser, con clara consciencia de la responsabilidad que todo poeta tiene en su manera de apropiarse personalmente el lenguaje común.

En el curso siguiente, primavera de 1964, tuve en Rutgers un seminario de poesía; el mismo día en que comencé a explicar la de Jorge Guillén —debió de ser en la segunda decena de marzo— al llegar a casa me encontré con una carta del poeta. Era nuestro primer contacto desde noviembre y se fechaba en Río Piedras, Puerto Rico, a 8 de marzo; me pedía colaboración para un homenaje a Piérre Darnangeat, y al contestarle afirmativamente le contaba la coincidencia de recibir esa carta suya, la primera en bastantes años, el día mismo en que había estado comentando en clase sus poemas. Desde el mis-